

MAX JARA



● El 21 de agosto de 1886 nació en Yerbas Buenas de Linares el poeta Max Jara. Recordamos en este mes el centenario de su nacimiento.

● En todas las antologías de poesía chilena aparece su poema *Ojitos de pena* que Alone consideró como "admirablemente logrado".

● Pero Max Jara —señala el autor del artículo— es algo más que ese bellísimo poema. Biografía y una pequeña selección de su obra pretenden demostrarlo.

ALGO MAS QUE OJITOS DE PENA

Prof. Miguel Moreno Monroy

Juan Guzmán Cruchaga, autor de la que sería joya de esta colección, llamada el soneto de Arvers de la literatura chilena, ya indisolublemente unida a su nombre y que lo acompaña con su *Canción*; por último —last, not least—, el reciente Premio Nacional (Julio Barrenechea, Premio Nacional de Literatura 1960), que en *Espejo del Sueño y Diario Morir*, sus dos volúmenes más característicos, ha hecho cantar su tristeza con irresistible melodía y dado a su goce de vivir un impulso jocundo, de pletórica animación.

"Son los poetas que algunos llaman, con cierta

condescendencia, 'de tono menor', como si las clasificaciones literarias, sus géneros y categorías de manual implicaran un juicio de valor, como si las obras artísticas se midieran por peso y volumen y la voz más sonora fuera la voz más honda."

Estas palabras de Alone nos parecen pertinentes porque sirven para situar de inmediato a Max Jara en el contexto de nuestra poesía. Transfiriendo la forma y el sentido del refrán, podríamos afirmar también con propiedad: Dime con quién cantas y te diré quién eres.

La orientadora opinión de nuestro crítico es de indudable

importancia, porque las informaciones acerca de Max Jara —tanto de su vida como de su obra— no abundan.

Fundadamente es posible sostener que la contención de su poesía es un reflejo de su propia existencia serena, mesurada, en general, sin esos vuelcos espectaculares en que el destino suele complacerse, y que alterando la vida de ciertos escritores permiten también, a veces, vivir a otros. La de Neruda, por ejemplo, rica en sucesos y mudanzas, opacidades y resplandores, batallas y conquistas, viajes y amores, es una cantera e inagotable para tantos —biógrafos, antólogos y exegetas de su obra— que han vivido a la sombra de este donador de estrellas.

Sombras en el espejo

Maximiliano Jara Troncoso—ya en la reducción que hizo de su

En 1961, prologando una obra de Julio Barrenechea, Alone señala que hay entre los poetas chilenos del medio siglo un pequeño grupo que podría proporcionar un tomo de antología realmente selecto. Luego puntualiza:

"Son menos de una piéyade:

"Tres ya desaparecidos: Pezoa Véliz, que dejó sólo dos composiciones perfectas, pero esas imborrables, acordes pensamiento, imagen y música; el suavísimo Magallanes Moure, lusitano, sensual, plástico, que unía con arte impalpable la línea y el color; Carlos Mondaca, de un recogimiento religioso, de una melancolía delicada y honda.

"Tres que aún viven, algunos todavía jóvenes: Max Jara, cuyos *Ojitos de Pena* es uno de esos poemas ligeros, casi pueriles, que los viejos comprenden y pueden meditar, admirablemente logrado;



"Aguja a mi espíritu sed indefinible de ya presentidas visiones distantes..."

nombre se advierte su tendencia a la sencillez y a la brevedad— nació en Yervas Buenas (Linares) el 21 de agosto de 1886.

Estudió en el Liceo de Hombres de Talca y, luego, en la Universidad de Chile, Medicina, carrera que no finalizó.

Se desempeñó como periodista en *El Diario Ilustrado*, y fue profesor de redacción en la Escuela de Ingeniería de Santiago.

Ingresó a la Universidad de Chile, ocupando en ella diversos cargos administrativos.

Vivió sus últimos años en una parcela próxima a la capital, falleciendo en Santiago el 6 de julio de 1965.

Sin embargo, no todo en su vida fue tan quieto y silencioso como se ha dicho.

En su libro *Espejo del pasado*, Samuel A. Lillo recuerda lo que sucedió cuando el Ateneo de Santiago recibió al famoso novelista español Blasco Ibáñez en su primer viaje a Chile.

"El salón de honor de la Universidad estaba más repleto que nunca —escribe—, había gente hasta en el hall y aglomeraciones en las puertas de todos los pisos.

"Esa tarde yo estaba indispuesto y me fui temprano a San Bernardo rogándoles a los jóvenes directores que me disculparan con el huésped.

"Al día siguiente, por la prensa, me impuse del resultado tragicómico de la sesión que me fue confirmado por Mondaca y Labarca apenas llegué a la Universidad.

"Al principio fue todo muy bien. "Terminado el primer discurso, los alumnos de la Universidad que ocupaban las localidades superiores, empezaron a gritar: ¡Que hable Blasco Ibáñez! El segundo orador terminó con dificultad su trabajo. Ya el público joven se impacientaba.

"Cuando el poeta Max Jara subió a la tribuna llevando en sus manos un grueso rollo de cuartillas y dijo: Voy a leer un estudio sobre Verlaine, su vida y sus obras, los muchachos se volvieron insoportables con sus gritos y sus silbidos.

"El poeta impasible, completamente ignorante de lo que le esperaba, empezó a leer con calma, pero en medio de un ruido ensordecedor, la vida del gran poeta francés que ninguna relación tenía con el augusto visitante.

"Presidían Labarca, Blasco Ibáñez y Mondaca.

"El primero levantaba las manos y les hacía señas amistosas y calmantes a los revoltosos.

Mondaca, más encogido que de costumbre, casi desaparecía en el

silllón con el eterno cigarro en la boca, y Blasco Ibáñez reía de buena gana y solía contestar con chistes a los muchachos que lo aclamaban a cada período que terminaba el poeta.

Cuando se le concluyeron las cuartillas y el público aliviado se desahogó en un largo aplauso y en un bullicioso pataleo, Max Jara sacó de su bolsillo otro rollo de papeles tan respetable como el primero.

"El tumulto llegó al colmo. Labarca le insinuó a Max Jara que dejara de leer antes que algunos estudiantes exaltados lo hicieran bajar.

"Cuando el poeta interrumpió la lectura para volver a su sitio, fue saludado por una salva de aplausos por los muchachos que le agradecían su resolución. Al fin iban a escuchar a Blasco Ibáñez. Para eso habían venido. A los ateneístas ya los conocían y al poeta ya le habían aplaudido varias veces sus bellos versos.

"El gran novelista saludó a los jóvenes y les aplaudió la independencia y altivez que manifestaban; y en seguida les habló maravillosamente y entusiasmó de tal modo a los estudiantes que al fin del discurso no querían irse. Esta sesión memorable fue como un segundo bautismo del Ateneo.

"Desde entonces los graciosos de los diarios llamaron a nuestra querida institución el 'Lateneo'."

En 1956 un jurado compuesto

por Juan Gómez Millas, rector de la Universidad de Chile, Eduardo Barrios y Pablo Neruda, representantes del Ministerio de Educación y de la Sociedad de Escritores de Chile, respectivamente, otorgó el Premio Nacional de Literatura a Max Jara. Entonces, por razones que desconocemos, como señala Raúl Silva Castro, "el poeta salió de su calma habitual y se expresó en la forma más descomedida de Gabriela Mistral, que estaba ausente de Chile, y de Pablo Neruda, quien había actuado en el jurado que le daba la recompensa... Pero en las formas de su arte se le ve dulce, apacible, afecto más a la expresión honda, sentida y emotiva, que a cualquier aderezo especial".

Poesía y Drama

La obra poética de Max Jara se encuentra en sus libros *Juventud* (1909), *Poesía?* (1914) y *Asonantes* (1922). En un volumen publicado en 1934, se reúnen estos libros y se agregan otros poemas.

Además, con Carlos R. Mondaca realizó la adaptación teatral de *Durante la Reconquista* (1911). Con él escribió un drama *La ruina*, y otro con Eugenio Orrego Vicuña, *Camino adelante*.

Max Jara escribe prolongándose en su poesía, en una especie de amplificación de su espíritu. La poesía surge así como un testimonio de entrañable autenticidad, como la trémula revelación de un alma que se confiesa en los versos. *Nostalgia*, *Desmayo del atardecer...*, *Viento de melancolía*, *Grito*, *Desde aquella primera mujer*, son algunas de las composiciones que muestran lo que afirmamos.

Otras veces, la poesía de Jara deja su intimidad y halla en el exterior sus temas de inspiración y canto. Esto se advierte, en especial, en sus romances, breves y sugerentes como *Agua viva*, o extensos y de carácter descriptivo o narrativo, como *Yervas buenas* y *Madalena*, ambos de armonioso y depurado lenguaje.

Según Guillermo Quiñónez Ormella, autor de un valioso estudio, *Evolución del estilo en la poesía de Max Jara*, éste fue, en nuestro siglo, el primero que cultivó el romance en Chile. Al respecto, Jara expresó en una charla: "Mi romance es retóricamente incorrecto, porque a veces abandono el asonante y pongo consonante. Esta

incorrección es casi deliberada, pues obedece al afán de trabajar mi poesía en la forma más espontánea posible. Y es curioso, creo que con esta alteración mis romances ganaron mucho, intensificaron su poder de transferencia emocional. Si no hubiera hecho esto, mis romances habrían resultado planos y deslavados".

Mención aparte merecen otros dos bellos y delicados poemas suyos: *Espiga morena* y *Clavel* y

rosa. Este último, especialmente, está emparentado, por su gracia y finura, con esos *Ojitos de pena*, que son, por cierto, las niñas de los ojos de la poesía de Max Jara.

Texto leído y releído, citado y recitado por generaciones, nos mira en todas las antologías de la poesía chilena. Y nos hace recordar y valorar debidamente la obra de su autor, el poeta que desde su *Yerbas Buenas* natal levanta la sencilla, fresca e inmarchitable flor de su canto.

SELECCION DE POEMAS DE MAX JARA

NOSTALGIA

*Que incansable suba la trova sencilla
cual onda invisible de silvestre aroma,
que crucen los versos la tarde amarilla
cual una bandada de grises palomas.*

*Aguja a mi espíritu sed indefinible
de ya presentidas visiones distantes.
En él han clavado su dardo imposible
las deslumbradoras estrellas errantes.*

*Mi espíritu asciende; y en tanto lo invade
de las nebulosas el lánguido brillo,
refleja mi espíritu las serenidades
del cielo solemne, del cielo sencillo.*

*La duda me ha dado su audacia errabunda,
soy la torturada y ascendente llama.
Me siento el esclavo del ansia fecunda
que en la voz sedienta del desierto clama.*

*Yo llevo en mis ojos el éxtasis hondo.
Yo cruzo abstraído; yo voy como un rastro
de niebla que muestra perdida en el fondo,
cual un ojo abierto, la inquietud de un astro.*

DESDE AQUELLA PRIMERA MUJER

*Desde aquella primera mujer que poseiste,
juventud, te tornaste pensativa y doliente;
y aunque tal vez hoy día ha tiempo que no existe,
vas sintiendo su beso desmayado en la frente.
Los blancos llamamientos de sus brazos tendidos,
la ávida voluntad de su seno vibrante,
moldearon a su imagen tus frágiles sentidos:
a su triste destino mi suerte es semejante.
Si voz de esa mujer por mi noche cruzara,
se aplacaría esta ansia de morir en desierto.
¡Olvido de vivir, vibrante en la voz clara
de la sola mujer para la cual no he muerto!
¡Hacia qué lejanías vuela mi pensamiento
por el solo recuerdo de aquella mujer única!
¿No os sugiere la tierra, no advertís en el viento
la huella de su pie, el olor de su túnica?*



AGUA VIVA

*No me canso de admirar
la fuga del agua viva;
con ella va mi fortuna
por la noche sin orillas.*

*El agua, mintiendo plata,
el viento, fingiendo risa...
Promesas que no se cumplen...
¿Dónde está la vida mía?*

*La espuma bajo la luna,
ilusión y maravilla.
De día, qué queda d'ella?
Yerbas bravas en la orilla.*

*A lo largo de la noche,
chorros de plata caminan,
por alcanzar no sé qué,
sin conocer la fatiga,*

*ni remanso en que se goce
cuerpo de mujer nacida,
donde el roce milagroso
queden las aguas dormidas.*



"Es el destino florecer".

CLAVEL Y ROSA

Leche el clavel, sangre la rosa
suelen un día amanecer.
Semejan esposo y esposa.
Es el destino florecer.

Breve la vida de la rosa
como la llama, suele ser:
la mata el viento que la goza;
la rosa es casi una mujer,

Fugaz como ella, la olorosa
carne nevada del clavel.
-Lo sabe bien la mariposa-,
muere de polen y de miel.

Si la muerte fuese gozosa,
la del clavel tendrá que ser.
¿Y habrá una suerte más hermosa
que nacer rosa y florecer?

YERBAS BUENAS

I

Yerbas Buenas de Linares:
casas grises entre vegas;
esteros van por rastrojos,
alamedas, alamedas...

Nieves tempranas de abril
bajan por la cordillera.
Campanas llaman palomas
en el vuelo de la queda.
Entre un vaho de neblina,
bajo la primer estrella,
una tonada se va;
acompañarle la queja
olor de tierra mojada
y chirridos de carreta.
En la falda de la loma
una lucecilla tiembla.
Sin luna viene la noche;
y se adivinan apenas,
en la oscuridad del llano,
aguas vivas, alamedas...

II

Así te veo al llegar
esa noche, Yerbas Buenas,
en que a la patria naciente
bautizaron en tu iglesia
con sangre de hombres del rey,
brazos de gente chilena;
por madrina, tu capilla;
por padrinos, los Carrera.
Todo el sur estaba en armas
por el rey y con Pareja.
Los hombres todos huyeron.
Sólo las mujeres quedan;
lloran tal vez, pero a solas;
nadie en voz alta se queja,
porque no hay humillación
en llorar sin que lo sepan,
cuando la carne que muere
es la propia carne nuestra.

Desde Concepción al Maule
galopando va la guerra;
la sigue el odio, al acecho,
riéndose de su miseria.
Por allí por donde pasa,
sangre brota de la tierra;
el odio la va bebiendo
para ser más fuerte que ella.
Llegó la hora del triunfo
y se llamó Yerbas Buenas.
España armada descansa
al amparo de su iglesia;
todo el ejército en sueños,
la noche por centinela.
Rasgó la hora negra un grito:
"¡Muera el rey! ¡La Patria llega!"
Al amparo del espanto
la muerte viene con ella;
el odio su brazo crispera
y va trabajando ciega
por sus trigales y vegas.

Alivio de caminantes,
por tus ranchos y arboledas;
deléite de los felices,
por tus virtudes discretas;
deseo de los ausentes
que suspiran por belleza;
por el campo, por el cielo,
por los hombres y las hembras;
por tu suelo trabajado,
por tus pastos y tus piedras;
por la virtud musical
de tus claras aguas frescas
cuyos sonos milagrosos
hoy repite mi inconsciencia;
por el ansia de vivir,
por el dolor de belleza
con que desde que nací
esta mi vida se queja;
para bien de nuestros hijos,
Dios te guarde, Yerbas Buenas.

OJITOS DE PENA



Ojitos de pena,
carita de luna,
lloraba la niña
sin causa ninguna.
La madre cantaba,
meciendo la cuna:
"No llore sin pena,
carita de luna".

Ojitos de pena,
carita de luna,
la niña lloraba
amor sin fortuna.
"¡Qué llanto de niña,
sin causa ninguna!"
pensaba la madre,
como ante la cuna.
"¡Qué sabe de penas,
carita de luna!"
Ojitos de pena,
carita de luna,
ya es madre la niña
que amó sin fortuna;
y al hijo consuela
meciendo la cuna:
"No llore, mi niño,
sin causa ninguna;
¿no ve que me apena,
carita de luna?"



Ojitos de pena,
carita de luna,
abuela es la niña
que lloró en la cuna.
Muriéndose, llora
su muerte importuna.
"¿Por qué llora, abuela
sin causa ninguna?"
Llorando las propias,
¿quién vio las ajenas?
Mas todas son penas,
carita de luna.